
TRIGESIMA PRIMERA HOMILÍA.

LA SERPIENTE DE BRONCE, Ó EL MINISTERIO DE JESUCRISTO.

*Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, sic exaltari oportet
Filius Hominis; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat
vitam eternam. (JOANNES, III.)*

Y como Moises levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre. Para que todo aquél que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

Nadie duda que la serpiente de bronce, levantada en otro tiempo en el desierto, no fuese en su verdad histórica una parábola, una figura, una profecía de Jesucristo levantado sobre el madero de la cruz en el Calvario; y que así como la vista de la serpiente clavada á un árbol curaba los cuerpos de las mordeduras venenosas y salvaba la vida temporal, así también la fe sincera y eficaz, la fe vivificante en Jesucristo crucificado, cura las llagas del alma y asegura la vida eterna: *Excaltari oportet Filium Hominis, ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam eternam.*

Con estas palabras nos indica Jesucristo cuál es el verdadero punto de vista bajo que debemos siempre mirar el grande, el incomprensible misterio de la cruz, á saber, como el estandarte, el medio, el remedio, el precio de la salud eterna.

Y precisamente bajo ese punto de vista quiero proponer hoy á vuestra fe, á vuestra piedad, á vuestro amor el misterio de Jesucristo crucificado, explicándoos la parábola histórica de la serpiente de cobre, emblema bajo el cual Jesucristo ha querido figurar este misterio. Es decir, que quiero hacer resaltar las

riquezas, las ventajas, los socorros, los consuelos que la divina bondad nos ha preparado en el misterio de Jesus crucificado

¡Oh cruz de mi Señor, en la cual Dios ha querido operar el gran misterio de la salud de los hombres! ¡oh cruz que has participado con María el honor de ser depositaria de la preciosa vida del Hombre-Dios, porque comenzada esta vida inefable en el seno de María, se ha extinguido en tus brazos! Recibe los humildes homenajes que te rendimos en esta primera iglesia del mundo, á nombre de todo el pueblo cristiano. Que el judío blasfeme contra tí, que el incrédulo se te burle, que el hereje te desprecie, nosotros, verdaderos hijos de la Iglesia, no nos avergonzamos de prosternarnos á tus piés para adorarte; te saludamos con piadosa afeccion, como á nuestra única esperanza: *O cruz ave, spes unica!* ¡Ennoblecida por el cuerpo sagrado del Hijo de Dios, has llegado á ser la delicia del cielo, el terror del infierno, el consuelo de la tierra, la más preciosa herencia, el estandarte glorioso de los discípulos de Jesucristo! Haz, pues, que experimentemos la virtud todopoderosa de la sangre divina con que fuiste teñida en este día; haz que esa sangre vertida por amor engendre el amor, que aumente la gracia en el corazón del justo, que borre las faltas del pecador haciendo que las deteste: *Hoc passionis tempore piis adauge gratiam, reisque dele crimina.* Á fin de que todos, bajo tu protección en la vida presente, y espirando en tus brazos con una fe sincera, no perezamos, sino que obtengamos la vida que no tiene término: *Ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam.*

PRIMER PUNTO. Se cuenta en el capítulo veintiuno del libro de los Números, que el pueblo de Israel, en castigo de su ingratitude y de su rebeldía contra Dios y contra Moises en el desierto, fué entregado por el Dios de justicia al furor de horribles serpientes, que por sus crueles mordeduras y su veneno, con poco que hiriesen, llevaban por todas partes la desolacion y la muerte (1). Pero apenas los israelitas, espantados de este azote, y hechos prudentes por el castigo, se arrepintieron de su pecado y comenzaron á llorar, á orar y á implorar misericordia, perdon y remedio contra las serpientes que los herian, el Dios de bondad

(1) Quamobrem misit Dominus in populum ignitos serpentes. (Numer., XXI.)

tuvo compasion de ellos (1): «Haz, dijo á Moises, una serpiente de bronce, y ponla por señal; el que herido la mirare, vivirá» (2). Así sucedió, y cualquiera, despues de haber sido mordido por las serpientes del desierto, si miraba hácia la representacion de la serpiente levantada por Moises, recobraba al instante la salud y la vida (3).

Puesto que Jesucristo ha dicho en el Evangelio: «Y como Moises levantó la serpiente en el desierto, así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del hombre» (4); y puesto que San Juan Evangelista, al referir estas misteriosas palabras del Señor, añade que Jesucristo, al hablar así, habia querido aludir á la manera cómo sería levantado sobre la tierra por su crucifixion (5), es evidente, dice San Agustin, que la parábola histórica de la serpiente de bronce habia sido la figura, la profecía del gran misterio que debia cumplirse quince siglos despues, del misterio de Jesucristo crucificado, y que no es permitido á nadie interpretar de otro modo ese hecho histórico, despues que Jesucristo ha dado esta interpretacion (6). San Cirilo añade que, en la parábola histórica de la serpiente de bronce, Dios ha querido representarnos una viva imágen, un cuadro fiel de toda la admirable economia de la redencion y de la salud eterna (7).

Esta gran figura expresa, pues, de la manera más viva y más sensible, que Jesucristo nos ha sido dado por Dios como nuestra justicia, nuestra santidad y nuestra redencion (8). Y en efecto, buscad la razon por qué el Señor ha querido figurar bajo la serpiente de bronce el misterio de Jesus crucificado: la razon está

(1) Ad quorum plagas et mortem plurimorum dixerunt: peccavimus, quia locuti sumus contra Deum. (Numer., XXI.)

(2) Locutus est Deus ad Moysen: Fac serpentem æneum et pone illum pro signo; et qui percussus aspexerit vivet. (Ibid.)

(3) Quem cum percussi aspicerent sanabantur. (Ibid.)

(4) Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, sic exaltari oportet Filium hominis (Joan., III.)

(5) Hoc autem dixit significans qua morte esset moriturus. (Jo., III.)

(6) Demonstratum esse ibi magnum rei futuræ sacramentum ipse Dominus testatur ut nemo possit aliud interpretari. (S. Aug.)

(7) Hæc historia est in qua, velut in tabula, totius figuratæ incarnationis mysterium adumbratur. (Ibid.)

(8) Qui factus est nobis à Deo et justitia et sanctificatio et redemptio (I. Cor., I.)

claramente indicada en las Santas Escrituras, donde no podemos admirar demasiado el consentimiento, la armonía, el sistema divino, segun el cual un hecho recibe de otro su esclarecimiento y su inteligencia.

En el Génesis encontramos que una serpiente sedujo á la primera mujer, arrastrándola á la rebeldía y al pecado (1). Encontramos que esa serpiente infernal que, por su primera mordedura al primer hombre, instiló su veneno, es la que hizo pasar por transfusion su espíritu, no solamente á su alma, sino áun á la de todos sus hijos que, concebidos en pecado, manchados con la concupiscencia del pecado, debieron formar, como lo ha declarado Dios mismo, la descendencia, la familia de la antigua serpiente, enemigo, rival irreconciliable de la descendencia de esta gran Mujer de la cual debia nacer el Mesias. Dios dijo á la serpiente: «Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje» (2). ¿Qué significa esto? Que todos los hombres, ántes de ser incorporados, de pertenecer á la familia de Jesucristo por un nuevo nacimiento, pertenecen á la familia del demonio, por ser semejantes por el espíritu y por el pecado á la misma serpiente que, al herir al padre, los hirió á todos, convirtiéndolos en verdaderas serpientes, ó segun el lenguaje de la Escritura, la raza de la víbora, los hijos del demonio (3).

Luego tenemos una relacion manifiesta entre la figura y el objeto figurado: el bronce es un metal muy duro é incorruptible; por consecuencia, dice San Agustin, la materia de que fué hecha la serpiente de Moises expresaba bastante bien la divinidad y la eternidad de Jesucristo como Hijo de Dios (4). La forma de serpiente dada á este metal expresaba tambien la humanidad de Jesucristo, en la cual, el que era Poseedor de la naturaleza divina, se rebajó hasta tomar la naturaleza del esclavo, como dice San Pablo (5). Y en efecto, Jesucristo no tomó la humanidad

(1) Serpens decepit me. (*Genes.*, III.)

(2) Dixit serpenti: inimicitias ponam inter te et mulierem et inter seminum et semen illius. (*Ibid.*)

(3) Progenies viperarum. (*Matth.*, III.) Vos ex patre diabolo estis. (*Joan.*, VIII.)

(4) Serpens æneus significavit divinitatem Christi; æs enim durissimum est et incorruptibile. (*S. Aug.*)

(5) Qui cum in forma Dei esset, semetipsum exinanivit formam servi accipiens. (*Philipp.*, II.)

tal como fué en su origen, sino como habia llegado á ser por el pecado; no tomó la humanidad íntegra, sana, inmortal, sino débil, mortal; no tomó la naturaleza humana, pareciendo por efecto de la gracia santificante confundirse casi con la naturaleza del ángel, sino la naturaleza humana, pareciendo por efecto del pecado confundirse en su forma exterior con la naturaleza de la serpiente infernal; no la humanidad tal como era al salir de las manos creadoras de Dios y de su Hijo, sino la humanidad tal como habia llegado á ser despues de herida por la serpiente infernal, la humanidad convertida por el pecado en la raza de la serpiente (1).

¡Oh, cuán bien el metal en forma de serpiente figuraba al Hijo de Dios eterno, impassible, que ha tomado nuestra naturaleza para representar exteriormente, por su humanidad, al hombre pecador!

La serpiente de bronce, segun afirma, apoyándose en la tradicion, San Justino Mártir, Padre de la Iglesia más antigua, no fué puesta por Moises sobre un largo palo, sino sobre un tronco de árbol cortado en forma de cruz (2). Con lo cual quiso hacernos comprender que, puesto que el hombre seducido por la serpiente infernal que se le habia aparecido en el árbol vedado, habia sido por su concupiscencia como crucificado al mismo árbol, era natural que la cruz fuese el suplicio más apropiado á la condicion del hombre pecador. La serpiente de bronce, puesta por Moises sobre la cruz, nos profetizaba, pues, á Jesucristo que, á cada página del Evangelio, se designa Él mismo con el nombre de Hijo del hombre ó Hijo de Adán, y que ha tomado, no solamente el nombre y la naturaleza débil, degradada del hombre pecador, sino, segun Tertuliano, el estado, la condicion y el castigo del hombre pecador, que es ser colgado á la cruz y morir en la cruz (3).

Nosotros tambien, dice San Pablo, á la vista de Jesucristo crucificado, á la vista de este Cuerpo sagrado extendido violentamente sobre los pedazos de madera, suspendido, lleno de llagas, horriblemente torturados todos sus miembros, desgarrados

(1) Serpentinam in similitudinem carnis peccati. (*S. Aug.*)

(2) Fecit Moyses figuram crucis. (*S. Justin.*)

(3) Effigies ænei serpentis suspensi Dominicæ crucis imaginem designavit. (*Tertull.*)

sus músculos por el peso de su cuerpo, con los huesos dislocados por la excesiva tension de los miembros, desgarradas sus delicadas carnes por la flageracion, impregnados sus labios con la amargura de la hiel, con su sagrada cabeza atravesada de crueles espinas, con su santa Humanidad enteramente desnuda y expuesta á las burlas y á los insultos de un pueblo enfurecido; á la vista de ese Dios cubierto de oprobios, agobiado de insultos, oyendo blasfemar de su nombre divino, ridiculizar sus títulos y su misma cualidad de Hijo de Dios; á la vista de este condenado objeto de tantas burlas, insultos y ultrajes, como herido de maldicion, abandonado de su Padre, despreciado de los hombres, sufriendo el ódio del cielo y la execracion de la tierra (1), ¿cómo no nos reconocéremos á nosotros mismos? ¿Cómo no reconoceríamos al hombre antiguo, al hombre pecador, y por tanto, maldito de Dios? ¿Cómo no exclamarémos: « Hé aquí lo que somos, lo que hemos merecido, la pena en que hemos incurrido, el tratamiento que nos estaba reservado; porque si Jesucristo es tratado así, si es reducido á tal estado de humillacion, si es presa de tan grandes dolores, es únicamente porque representa y personifica en Sí mismo al antiguo hombre; porque se ha sustituido en nuestro puesto y tomado sobre Sí, para aniquilarlo, el peso excesivo de nuestras prevaricaciones, que forman como un cuerpo horrible y monstruoso de pecado?» (2).

Dios, al ordenar á Moises que hiciese y levantase en medio del desierto la serpiente de bronce, á la vista de todo el pueblo, emplea una expresion singular, y le dice: « Ponla por señal » (3). Es decir, segun lo explican los intérpretes, como una especie de sacrificio puramente de reconciliacion y de paz, y como un signo de la reconciliacion y la paz que ya está concluida entre Mí y mi pueblo; en fin, como un signo del perdon y de la remision de la pena. La serpiente fué, segun San Leon, la verdadera figura de Jesucristo crucificado; porque elevada del suelo sobre la cruz como sobre una eminencia, puesta entre el cielo y la tierra como en un terreno neutro, Jesucristo, más bien que un criminal que sufre su suplicio, es un embajador que trata, que

(1) Factus pro nobis maledictum. (*Genes.*, III.)

(2) Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruat corpus peccati. (*Rom.*, VI.)

(3) Pones eum pro signo. (*Numer.*, XXI.)

cumple el gran misterio de la reconciliacion del mundo (1).

Á San Pablo debemos haber levantado el velo que ocultaba á las miradas de los hombres este gran misterio; él fué quien, introduciéndonos en el santuario del amor celeste, nos ha descubierto en Jesucristo crucificado, llorando y rogando por todos los que han cooperado á su muerte, el gran Pontífice de los bienes futuros, lleno de compasion por nosotros; el Pontífice santo, immaculado, separado de los pecadores, y, áun en esta abyeccion terrestre, más noble y más elevado que los mismos cielos; el Pontífice que, con las manos levantadas, vuelto al cielo el rostro, ruega por la paz, por el perdon, por la reconciliacion del mundo, uniendo á sus oraciones y súplicas su grito poderoso y sus lágrimas (2); el Pontífice que hace subir hasta el trono de Dios su oracion, unida á los sentimientos más humildes y respetuosos, como un incienso de agradable olor (3); que defiende nuestra causa, juntando á su defensa la sangre con que baña la cruz; que negocia la paz, el perdon, la reconciliacion del cielo y de la tierra (4). Por otra parte el Apóstol nos muestra el cielo abierto; á Dios Padre fijando con complacencia su mirada sobre esta meditacion sublime de un Embajador que es su Hijo consustancial; á Dios Padre que escucha sus oraciones, que acepta la sangre divina como una satisfaccion completa de todas las ofensas, de todos los pecados del mundo, empezando á mirar con conmiseracion este mundo, ántes tan odioso y ahora reconciliado con Él (5). Entónces es cuando el Padre, con una pluma mojada en la sangre divina de su Hijo, borra el decreto fatal de la condenacion de todos los hombres, todos pecadores sin excepcion (6); y así desgarrado este decreto, lo da á Jesucristo, como al Representante de la humanidad, la cual lo habia suscrito por

(1) Dominus crucifixi corporis elevatione sublimis reconciliationem mundi exequitur in quadam arce supplicet. (*S. Leo.*)

(2) Preces supplicationesque.... cum clamore valido et lacrymis offerens. (*Hebr.*, V.)

(3) Elevatio manuum mearum. (*Ps.* CXL.) Holocaustum Domino in odorem suavissimum. (*Numer.*, XXIX.)

(4) Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quæ in terris, sive quæ in coelis sunt. (*Coloss.*, I.)

(5) Deus erat in Christo mundam reconcilians sibi. (*II, Cor.*, V.)

(6) Delens quod adversus nos erat chirographum decreti quod erat contrarium nobis. (*Coloss.*, II.)

el pecado, y lo suspende á la cruz, de la misma manera que se devuelve á un deudor el título de la obligacion contraida despues que ha pagado su deuda (1). Hé ahí por qué el enojo divino provocado por nuestros pecados, puede apaciguarse despues de esta satisfaccion de un precio infinito; y probado está que nuestros pecados no serán perdonados seguramente, con tal que nuestras lágrimas se derramen con las de Jesucristo, y que nuestras oraciones se unan á la suya (2).

Este perdon se ha solicitado, no solamente para el pecado de Adam, sino para las faltas actuales de todos sus hijos, para las faltas graves ó ligeras de que todos los hombres hubiesen podido hacerse personalmente responsables hasta el fin del mundo. Jesucristo ha comprendido en este perdon á todos los pecadores pasados, presentes y por venir, habiendo rogado por todos y por todos ofrecido anticipadamente á Dios una satisfaccion infinita. Por esta única oblacion, dice San Pablo, Jesucristo ha consumado en un solo instante, en un solo acto, la reconciliacion, la santificacion de todos (3). Todas nuestras deudas han sido pagadas anticipadamente sobre la cruz. Este Maestro, lleno de amor, en presencia del Juez irritado, tomó la defensa de todos, presentó las excusas, pagó la deuda, obtuvo el perdon de todos. Así, cuando el Señor ántes de espirar pronunció esta gran palabra: «Consumado es (4)», fué como decir: Al fin está concluido el tratado de paz entre el hombre y Dios, y hé aquí que lo suscribo. Hombre y Dios á la vez, lo suscribo, lo ratifico en nombre de Dios y del hombre, en nombre de la justicia y de la misericordia reunidas en mi Persona, y con mi muerte lo sanciono, lo pongo mi sello real (5). Y como al morir quedó siempre suspendido á la cruz; como en el sacrificio de la misa, repeticion mística del sacrificio del Calvario, queda siempre crucificado sobre la tierra, y en cierta manera en el cielo está siempre crucificado, queda averiguado para nosotros que la crucifixion fué la realizacion de la profecia que en la serpiente levantada como signo, mostraba á

- (1) Affligens illud cruci. (*Coloss.*, II.)
- (2) Non reputans illis delicta ipsorum. (*II, Cor.*, V.)
- (3) Una oblatione consumavit in sempiternum sanctificatos. (*Hebr.*, X.)
- (4) Consummatum est. (*Joan.*, XIX.)
- (5) Et inclinato capite tradidit spiritum. (*Ibid.*)

Jesucristo. Conocido está que Jesucristo crucificado, ya sea velado en el sacramento ó glorificado en el cielo, es el signo perpétuo, imperecedero, eterno de la reconciliacion del hombre con Dios; que es como la bandera blanca enarbolada por un ejército enemigo desde que la paz queda concluida. Jesucristo, en efecto, como dice San Pablo, es el signo que anuncia que la condicion desesperada del hombre ha tenido fin; que no es ese sér reprobado y aborrecido de Dios, incapaz de volver por sí; que se ha abreviado el camino y cegado el abismo que ponía entre Dios y el pecador una distancia infinita; que por la efusion de su divina sangre, Dios se ha acercado al hombre y el hombre á Dios, de manera que para volver á encontrar á Dios, el hombre no ha tenido necesidad de retroceder y salvar una distancia, no ha tenido, por decirlo así, que hacer más que volver la cabeza (1). En efecto, Jesucristo crucificado no es solamente el Mediador de nuestra paz, sino la condicion misma de nuestra paz con Dios (2). Nos transforma, de seres odiosos, en seres bien amados; de extraños, en herederos; de enemigos, en amigos; de esclavos, en hijos; de vasos de cólera predestinados al fuego, en vasos de misericordia creados para el cielo; y eso, derribando el muro de division que el pecado habia levantado entre Dios y el hombre, y crucificando y haciendo morir toda enemistad entre ellos por la crucifixion y la muerte de su carne adorable (3).

De manera que allanados todos los caminos, quitados todos los obstáculos, pagadas todas las deudas, devueltos todos los derechos, el hombre en otro tiempo culpable puede penetrar hasta el trono de Dios (4), presentarse á Él con confianza, echarse en sus brazos, amarlo como á un Padre y ser amado como un hijo.

En la curacion milagrosa de los hebreos, operada por una sola mirada á la serpiente, no tenian parte alguna la naturaleza ni la medicina. Claramente se dice en el libro sagrado de la Sabiduría, que esta curacion no se efectuaba por la vista de la serpiente material, que no era el efecto magnético del bronce en forma de serpiente, sino que los isrealitas que la miraban eran

- (1) Et vos qui eratis longe facti estis prope in sanguine ipsius. (*Ephes.*, II.)
- (2) Ipse enim est pax nostra. (*Ibid.*)
- (3) Medium parietem solvens, inimicitias in carne sua. (*Ibid.*)
- (4) Per quem habemus accesum ad Patrem. (*Ibid.*)

curados por la virtud anticipada, por las méritos de Jesucristo, verdadero Médico y Salvador del mundo, de quien era figura la serpiente mosaica (1); es decir, que Jesucristo quiso por este gran milagro, según San Agustín, profetizar un milagro mayor aún, el que debía operar sobre la cruz, cuando, por la virtud de su sangre y de su muerte, curase de las mordeduras de la serpiente infernal á los que, con un sentimiento de humilde fe y de sincera piedad, le contemplasen muerto sobre la cruz (2); pero añade San Máximo, ¡cuán á propósito es este milagro para despertar nuestra esperanza! Porque si la serpiente fijada en el madero fué la salud del pueblo de Israel, ¿cómo dudar que Jesucristo crucificado no sea la salud y la vida espiritual de los pueblos cristianos? (3). Si la sola figura de tan gran misterio operó tan gran prodigio, ¿qué no podrá operar el tipo divino así figurado? Si el símbolo fué tan espléndido y tan eficaz, ¿qué no podrá la realidad (4)? ¡Ah! dice San Juan Crisóstomo, ¡cuán admirable es la correspondencia entre la profecía y su cumplimiento, entre la figura y el tipo! ¡Cuán sublime, deliciosa y divina! ¡Á la vista de la serpiente se libraban los hebreos de la muerte temporal, y á la vista de Jesucristo crucificado el alma que le es fiel, el alma que lo ama, escapa á la muerte eterna! (5).

Contemplad esta gran figura. ¡Cuán majestuosa es! El milagro de la curación á la vista de la serpiente de bronce era público, solemne, igual para todos. El pobre y el rico, el esclavo y el señor, el israelita y el extraño participan igualmente de él. Allí no había exclusión, ni privilegio de edad, de condición, de sexo, de nacimiento, de fortuna. Para todos era el beneficio, ninguno estaba excluido, todos podían participar de él. Bastaba,

(1) Non per hoc quod videbat sanabatur; sed per te omnium salvatorem. (*Sap.*, xvi.)

(2) Quomodo qui intuebantur serpentem æneum non peribant morsibus serpentum; sic qui fide intuentur mortem Christi sanantur morsibus peccatorum. (*S. Aug.*)

(3) Si affixas serpens ligno filiis Israel contulit sanitatem, quanto magis salutem præstat populis Dominus asfixus in patibulo crucis? (*S. Maxim.*)

(4) Si figura tantum profuit, quantum prodesse credimus veritatem? (*Ibid.*)

(5) Vide ut figura veritati consentiat: illic mortem fugerunt, sed temporalem; hic fideles mortem fugiunt sed æternam! (*S. Jo. Chrys.*)

mirando á la serpiente, tener fe en Dios, que la había hecho levantar en medio del desierto como Mesías futuro, Salvador de todos figurado en este signo. Esta fe era la sola condición para obtener la curación prometida contra las mordeduras venenosas y la muerte. No importa que un desgraciado hubiese sufrido muchas mordeduras, que estuviese próximo á morir; bastaba contemplar el bronce misterioso y el leño en que estaba colocado. Volver hácia este signo de salud una mirada moribunda y quedar curado, era todo uno. Las serpientes verdaderas, las serpientes animadas, no tenían veneno para quien fijaba la mirada en esta representación de la serpiente. De la ausencia ó de la presencia de este objeto, de la atención ó negligencia en mirarlo, dependía la curación ó la muerte.

¡Qué bella figura! ¡Cómo expresa vivamente el misterio de Jesucristo crucificado, la poderosa eficacia del remedio de la cruz, su indispensable necesidad para evitar las mordeduras de la serpiente infernal y la muerte eterna, la publicidad con que este remedio se ofrece á todos, la facilidad con que todos pueden aplicárselo y experimentar la eficacia divina de una curación instantánea, de una inmortalidad asegurada! «Todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (1). ¡Todo, *omnis*, ninguno está, pues, excluido! *Omnis*, que sea judío ó gentil, mahometano ó hereje, cismático ó pecador; *omnis*, que sea sabio ó ignorante, rico ó pobre, señor ó esclavo, vasallo ó monarca, noble ó plebeyo, hombre ó mujer, niño ó adulto, bárbaro ó civilizado; *omnis*, cualquiera que sea su lengua, su raza, su tribu, su pueblo, su nación, le basta creer verdaderamente en Jesucristo, reconocerle con fe viva y eficaz como Maestro, Redentor, Padre, para ser eternamente salvado. También la fe en la cruz contemplada sin cesar con el homenaje continuo y sincero del espíritu, con la devoción afectuosa del corazón, con la práctica santa de las obras, con la invocación de una ferviente oración, es el fundamento de la esperanza universal. De todas partes de la tierra, del fondo de las islas esparcidas en los mares más lejanos, de los más apartados continentes, de las últimas extremidades del mundo, todas las miradas de los verdaderos

(1) Ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habet vitam æternam. (*Joan.*, III.)